

VIDA Y OBRA DE HENDRIK WEYENBERGH

DR. ABRAHAM WILLINK

Miembro de la Academia
Profesor Instituto Miguel Lillo, Tucumán

SYNOPSIS

Born in Holland the 6th of December 1842, Weyenbergh died in that country the 27th of Julio 1885. At the age of 21 years he graduated as doctor in Medicine and a few years later (1868) as doctor in Phylsophy. In 1872 he was given a contract by the Argentine Government as Professor of Zoology for the National Academy of Sciences of Córdoba. In addition to having been the first President of this Academy, when it became separated from the University, he was one of the promoters of the Faculty of Medicine in Córdoba and its first Dean and Professor.

He founded the first Zoological Society with a magazine "Periódico Zoológico" directed and edited by him. He published more than 150 scientific papers. For twelve years he dedicated himself completely to fomenting the study of the biological sciences in our young Republic and the formation of investigators.

SINOPSIS

Nació en Holanda el 6 de diciembre de 1842, falleciendo en el mismo país el 27 de julio de 1885. A los 21 años se recibió de médico para doctorarse en Filosofía pocos años después, en 1868. En 1872 fue contratado por el gobierno argentino como profesor de Zoología para la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Además de haber sido el primer Presidente de esa Academia, cuando se la separó de la Universidad, fue uno de los promotores de la Facultad de Medicina en Córdoba y su primer Decano y profesor. Fundó la primera Sociedad Zoológica con una revista "Periódico Zoológico", dirigida y editada por él. Publicó más de 150 trabajos científicos. Fueron 10 años dedicados con devoción total al fomento de las ciencias biológicas en nuestra joven República y a la formación de investigadores.

Hendrik Weyenbergh nació en Haarlem, Holanda, el 6 de Diciembre de 1842. Desde pequeño se interesó por las Ciencias Naturales y comenzó a publicar sus primeras observaciones entomológicas, apenas adolescente. Cuando le llega el momento de elegir una carrera se decide por la medicina. A los 21 años se recibió de médico, con especialidad en cirugía y obstetricia. No era, sin embargo esa su vocación y busca doctorarse en filosofía en las Universidades de Utrecht y Göttingen, lo que hace en 1871, con una Tesis que versa sobre Histología y Anatomía de larvas de dípteros. Ese será el comienzo de una intensa vida dedicada a las ciencias y en especial a la zoología. Fue en Göttingen donde oyó por primera vez hablar de Guillermo Burmeister, a la sazón Director del Museo de Buenos Aires y en busca de científicos para la formación de la Academia de Ciencias de Córdoba. Weyenbergh entrevió repentinamente la posibilidad de palpar en la realidad aquella fauna exótica con la que siempre soñara. No podía desconocer la obra de María Sibilla Merian, su compatriota que, como pionera absoluta, y todavía mujer, viaja a los trópicos de Sud América en la Guayana holandesa, en 1699 y primeros años del siglo XVIII, para ilustrar su fauna; tampoco estaría ajeno a la obra de Humboldt y Bonpland que recorrieron Sud América para dar a conocer su flora y fauna, y, en

especial, a la de Darwin, que en su vuelta alrededor de la tierra, 10 años antes del nacimiento de Weyenbergh, trajo al mundo la idea de la evolución. El ofrecimiento de Burmeister debió, por lo tanto, llenar uno de sus más caros sueños: conocer personalmente todo aquello que contrastaba tan violentamente con sus plácidos prados natales; la tierra de esas hermosas mariposas de colores exóticos que pintara con tanto cariño la Merian; la patria de los Glip-todontes, de los armadillos y demás animales que llevaron a Darwin a imaginar que no era una fauna estática, sino una transformación, con lo que conmovera al mundo científico de esa época y muy especialmente a Weyenbergh.

Lleno de entusiasmo desembarca finalmente en Buenos Aires en setiembre de 1872, a los 30 años. Sigue hasta Córdoba, donde ya lo esperaban Lorentz, Siewert y Stelzner, los que con nuestro hombre, Sellaek y Vogler, formarían el famoso "grupo inicial de Córdoba" que fundará la Academia. Así Weyenbergh llega del país de las tranquilas praderas, de los tulipanes, del orden, de la organización, a esta nueva tierra agreste, de montañas y desiertos, de cardones y espinas, de revoluciones, violencia, desorden y luchas. Un país al que un gran hombre, tal vez algo quijotesco, quería llevar de la barbarie a la civilización mediante la enseñanza y para lo cual no reparó en obstáculos. No podría Sarmiento encontrar mejor hombre que nuestro Weyenbergh para esa misión porque, como él, tenía también algo de quijotesco con su afán de llevar la ciencia, a pesar de todo, al que quisiera recibirla.

Y lo tenemos en Córdoba, recién casado con Sjoukje Gorter, con algunas salas vacías en su lugar de trabajo, con desconocimiento total del idioma y sólo con el apoyo de los otros científicos alemanes, como él, recientemente llegados al país. Si nosotros nos quejamos ahora de falta de equipamiento, de locales, de colecciones y especialistas, podemos imaginar la desesperación de este joven biólogo en su afán de poder hacer algo donde no había nada hecho, de aprender para poder transmitir a los demás, de organizar... Eso fue la meta de su corta vida de 12 años en Córdoba, meta que no abandonó nunca y que lo hizo trabajar incansablemente, a toda marcha, para realizar en ese lapso lo que no se había realizado en 50 años y cumplir así con el anhelo y el deseo de Sarmiento y de Avellaneda.

Cargos desempeñados

En 1869, hace 100 años, encontrándose el país bajo la presidencia de Sarmiento y el Ministerio de Educación a cargo de Nicolás Avellaneda, el Congreso Nacional resolvió la creación de una Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas en la Universidad de Córdoba. Esa Facultad se formaría dentro del tipo de organización que en Alemania se adoptaba para entonces, para lo que se encargó a Guillermo Burmeister, Director del Museo de Buenos Aires, la contratación de 8 especialistas en el extranjero. A esa Institución el primero en llegar es P. Lorentz (botánico) en setiembre de 1870; casi al mismo tiempo M. Siewert (químico) y Stelzner (geólogo y minero). Los otros llegarán algo después; H. Weyenbergh en setiembre de 1872 (zoólogo), C. S. Sellaek (físico) en agosto de 1873 y

Ch. A. Vogler (matemático) en noviembre de ese mismo año. En los primeros tomos del Boletín de la Academia Nacional de Ciencias se puede apreciar la evolución de este grupo de gran nivel científico, y admirar además el poder de persuasión de Burmeister sobre esta gente, que dejara sus centros de elevado nivel cultural, para llegar a la lejana Córdoba, de incipiente cultura y escasa población. Poco duró la paz sin embargo; Burmeister, de carácter muy autoritario y rígido, consideraba que se habían contratado estos científicos, en primer lugar, para dar cursos en la Facultad, y era por lo tanto lo que debían hacer inmediatamente después de su arribo; olvidaba claro, el lugar donde habían sido trasplantados, donde para estos estudios no tenían los elementos necesarios ni ellos el conocimiento suficiente del idioma para transmitirlos. Fue eso lo que decidiría a



Fig. 1. Hendrik Weyenbergh.

Lorentz a viajar por el país y a Weyenbergh a dedicarse a la organización de las cátedras y a recolectar material... ya que la opinión de ambos investigadores era de que no podían enseñar algo que evidentemente no conocían. Las iras del sabio alemán se volcarán sobre ellos, quien, después de largas polémicas y agrias disputas, ventiladas a través de la prensa y publicaciones científicas, hace finalmente valer su prestigio e influencia para eliminarlos de la Facultad.

Weyenbergh queda cesante simultáneamente con Siewert y Vogler por demostrar "odio" como "subordinados" a su Director y no cumplir con sus obligaciones. Ya antes Lorentz, había corrido la misma suerte. En el periódico "La Plata Monatschrift" de febrero de 1875 se informa que Lorentz fue llamado del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay y Siewert de la Escuela de Minería de Salta.

A Weyenbergh le ofrecen un cargo de profesor en el colegio de Catamarca, pero prefirió no atarse a este nuevo tipo de tarea y acepta en cambio el nombramiento de Inspector General de Zoología Agrícola de la República Argentina. No he podido constatar el momento en que vuelve a la Academia. Posiblemente nunca la haya dejado del todo y su situación se habrá normalizado como consecuencia de la renuncia de Burmeister a dicha institución. Con la separación de estos 4 investigadores, que en parte fueron reemplazados por otros (en el caso de Weyenbergh por H. von Ihering, que nunca llegó a hacerse cargo y cumplió una larga y fructífera trayectoria zoológica en Brasil), se crearon una serie de problemas a la Facultad que hacen decir al Dr. Manuel Lucero, Rector de la Universidad en diciembre de 1874 en un informe al Ministro, que lamenta la exclusión de tales profesores debido a problemas internos, por lo que pide la separación de la Academia de la Universidad. Poco después Burmeister renuncia a la Dirección de la Academia y ésta es ocupada por el mismo Dr. Lucero, hasta que se hizo efectiva esa separación.

Solucionada su mayor preocupación, sus problemas con Burmeister, Weyenbergh pudo seguir con más tranquilidad el desarrollo de su obra. Ocupó una serie de cargos y trabajó intensamente en la organización y promoción de la zoología en el país. Fue el fundador y primer director del Museo Zoológico de la Universidad de San Carlos; profesor de Zoología en la Facultad de Ciencias Naturales de la misma Universidad; fundador de la primera Sociedad Entomológica Argentina (luego cambiada por Zoológica) y de su revista el "Periódico Zoológico" de la que fue primer presidente y Director; organizador y primer Decano y primer profesor de la Facultad de Medicina de Córdoba; profesor de Anatomía Comparada y de Histología Normal y Especial en esa Facultad; Presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba después que ésta se separara de la Universidad, es decir el primer presidente de la misma en su organización actual; Inspector General de Zoología Agrícola del país, además de cargos menores, y es esta ya una lista bastante larga, para los pocos años que pasó en la Argentina.

Nos ocuparemos ahora con cierto detalle de cada una de las iniciativas de las que Weyenbergh fue promotor o parte importante.

La Sociedad Zoológica Argentina y el periódico Zoológico

El tomo I del "Periódico Zoológico" que lleva fecha 1874, comienza con una invitación dirigida a "todos los amantes de la entomología para fundar una sociedad entomológica argentina" porque según dice "han transcurrido muchos años, sin que el mundo ilustrado haya oído otra cosa que rumores casi constantes de guerras, revoluciones y agitaciones intensas respecto a la República Argentina, que con la antigua metrópoli, la tan bella como desgraciada España, hanle impedido su desarrollo material y su progreso científico. Felizmente, por lo que respecta a este país, hay motivo ya para abrigar halagüeñas esperanzas de un porvenir más claro, más hermoso y más tranquilo". Continúa diciendo "Que la revolución moral que se opera con el fomento de la enseñanza de algunos años a esta parte induce a esperar que tan noble propósito será seguido por los go-

biernos futuros". Considera que las condiciones se dan en este momento para fundar una sociedad entomológica que "excite el amor a la ciencia", que "facilite el mutuo conocimiento y la amistad entre los amantes de la entomología y que sirva para entrar en relaciones con asociaciones de igual carácter del extranjero para que la Argentina tome también parte en los torneos científicos de los demás pueblos". Estamos en 1874, hace casi 100 años y Weyenbergh siente la necesidad de formar una sociedad de este tipo para estimular el estudio de la entomología entre los hijos del país, cuando el número de entomólogos no llega a 10 (lo que incluye a Burmeister y Berg, con los que estaba en constante conflicto)!!! Lleva adelante su propósito y lo hace bajo el lema simple y sincero, como lo era él mismo, de "ciencia y amistad" y prosigue con la creación de una revista, el "Periódico Zoológico", que aparece ese mismo año con 336 páginas. Este tomo se compone de numerosos trabajos, la mayoría del mismo Weyenbergh, informes de la Sociedad, noticias entomológicas, etc. Como no hay fondos para su publicación, es subvencionado íntegramente por una donación de su esposa. Dedicó este tomo con sincero reconocimiento a Sarmiento y se refiere a él como "promotor celoso de la civilización y de las ciencias". Pronto reconoce que no es posible limitar esa asociación a la entomología y la transforma en una Sociedad Zoológica. Publica otros dos tomos, el segundo en 1875 y el tercero en 1878 (aunque este último posiblemente no haya aparecido hasta después de 1881, porque con esa fecha firma su última contribución). Sabemos de los múltiples problemas que se presentan en la actualidad para mantener y editar una revista científica, podemos entonces también comprender el esfuerzo y el trabajo que significó para Weyenbergh esta obra, la cual, desgraciadamente, había de morir lo mismo que la Sociedad, con el mismo autor.

La Facultad de Medicina de Córdoba

Debemos detenernos un momento en la creación de la Facultad de Medicina en Córdoba, en cuya gestación y primer período Weyenbergh tuvo una actuación muy preponderante. No hay más que leer la obra de Garzón Maceda: "La Historia de la Facultad de Ciencias Médicas" escrita en 1927, para darse cuenta que nuestro naturalista fue el nervio que movió los primeros pasos de esa Facultad.

En 1874 el Dr. Manuel Lucero, Rector de la Universidad de San Carlos, eleva al Ministerio de Educación de la Nación un pedido para la creación de un Instituto Nacional de Ciencias Médicas dependiente de esa Universidad, en el que alega la falta de médicos y la sola existencia de un Instituto provincial de Medicina en Buenos Aires. Este será el comienzo de una larga polémica que se inicia en Córdoba y continúa en Buenos Aires, sobre las conveniencias y dificultades para la creación de dicha Facultad. Entre las últimas se mencionaban especialmente el hecho de que Córdoba no tenía población suficiente para absorber una Facultad de Medicina; la escasez de cadáveres para realizar trabajos prácticos; la falta de profesores y de estudiantes y muy especialmente la crisis económica por la que estaba pasando el país. Los miembros de la

Academia ofrecen su colaboración al Rector para la concreción, según decían, de una sentida necesidad en el país. Uno de ellos el botánico Hieronymus, piensa que esta oposición enconada debía venir de "los sesos podridos de los amigos del oscurantismo, que quieren envenenar y apagar la luz clara que emana del estudio de la naturaleza". Desde ese momento Weyenbergh, como médico, será el apoyo científico que necesitaba el Rector Lucero para llevar adelante su proyecto. Publica un alegato "formidable" (palabras de Garzón Maceda) sobre la base del cual el Dr. Warcalde, diputado nacional por Córdoba, pudo defender el proyecto de Ley Nacional para la creación de la propuesta Facultad. En octubre de 1877 fue promulgada por el Presidente Avellaneda la Ley que crea la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Córdoba.

Esto hace decir a Garzón Maceda: "El Rector Dr. Lucero, el médico y naturalista Weyenbergh y el Dr. Warcalde son, para la Facultad de Medicina, los fundadores *in stricto jure*. El primero fue permanente espíritu flotante en el ambiente y operando en él; el segundo cerebro y nervio que organizó la concepción y el tercero, autor de la fórmula legal con que debía salir a la vida nuestra institución".

Los comienzos fueron indudablemente muy difíciles. La tarea total recae en Weyenbergh, entusiastamente apoyado siempre por el Rector. Se lo ve el primer año de funcionamiento (1878) como el único profesor, que dicta la cátedra de Anatomía e Histología; hace los planes para el primer Museo Anatómico y el anfiteatro, realiza personalmente las primeras preparaciones histológicas (que luego completó con 100 que trajera de Holanda); prepara el plan de estudios; edita manuales para que pudieran estudiar los alumnos, preocupase en adiestrar el elenco profesoral y consigue en Holanda los primeros microscopios. El primer año cursaron 42 alumnos, de los cuales 22 llegaron a rendir el examen final y no fueron pocas las dificultades para formar el primer tribunal examinador. El primer Consejo Directivo por otra parte se constituyó el 11 de junio de 1879 y Weyenbergh es su primer Decano; cargo que desempeña también en 1880 y pasa a ocupar el de Vicedecano en 1881. En ese mismo año renuncia, se supone que por razones de salud, ya que no había ningún indicio aparente de que tuviera problemas con las autoridades o demás personal de la Facultad. Me parece oportuno hacer resaltar un gesto altruista y a la vez interesante, porque hace pensar que básicamente los problemas son los mismos en cualquier época. En una nota que dirige al Rector el 29 de abril de 1878, Weyenbergh dice en estos términos que seguirá dictando gratuitamente la cátedra: "este sacrificio no lo hago para dejar en el erario nacional la suma presupuestada para sueldos, sino para que ella sea invertida en provecho de la Universidad y especialmente la Facultad de Medicina. Los fondos presupuestados son bastante mezquinos y no hay objeto de dejarlos en la Caja Nacional donde servirán quizá únicamente para gastos de las revoluciones pasadas, actuales y futuras; mientras que retenidas aquéllas pueden servir para afianzar verdades actuales y futuras de esta joven Nación".

Obra científica

La obra científica de este hombre es sorprendente por la variedad de temas que tocó y por la magnitud y cantidad de trabajos. Ya en Holanda, como estudiante publica pequeñas contribuciones, no de carácter científico, bajo el seudónimo de "Protomontanus" (traducción latina de su nombre: *Weyen* = prados y *berg* = montaña), además de un poema titulado "Primula's", bajo el seudónimo de "Prato". Comenzó su labor científica a los 19 años con pequeñas comunicaciones entomológicas y prosiguió hasta los 40 años con más de 130 títulos; su mayor interés estuvo en los insectos, pero eso no quiere decir que haya descuidado los demás grupos zoológicos. Publica sobre vertebrados y los enfoca desde el punto de vista de la Anatomía Comparada; también trata en especial sobre peces y ocasionalmente sobre aves y mamíferos. Describe varios arácnidos y algunos anélidos, especialmente hirudíneos y oligoquetos. En el campo de la entomología adonde volcó su interés principal, describió varias especies de fósiles europeos y posteriormente, numerosos coleópteros, dípteros, neurópteros, efeméridos e himenópteros llegando a algo más de 100 especies nuevas. Lamentablemente sus descripciones, aunque en general muy detalladas, no eran muy exactas, con el agravante que la mayoría de los tipos han desaparecido. Él siempre manifestó por otra parte que no era un taxónomo, de manera que lo fue más bien por necesidad.

Es evidente que una de sus preocupaciones fundamentales lo constituyó siempre la enseñanza. Esta se hace muy difícil por la falta de textos para los estudiantes. Por eso en 1881 publica en traducción del holandés una "Zoología Sistemática" del catedrático de la Universidad de Utrecht, Dr. P. Hartig. Redujo los varios tomos del original a dos con especiales referencias a la fauna argentina, además de un tomo de láminas. Es curioso que esta obra haya tenido tan poca difusión, tanto que ha permanecido prácticamente desconocida también para los especialistas, cuando tiene el valor de ser la primera obra de ese tipo en castellano y el de poseer además referencias locales. En la introducción de la misma, que Weyenbergh fecha 1875, especifica los propósitos de la obra aclarando que la mayoría de las láminas fueron realizadas en Europa, lo que explica la perfección de las mismas. También con la misma finalidad publicó "Principios histológicos. Un compendio para estudiantes", dividido en tres partes: Histología general, Histología especial e Histología patológica. Lo notable es que la primera edición de 1800 fue publicada en Córdoba en el periódico "El Progreso" de los meses de agosto, setiembre y octubre de ese año y en "El Interior" del mes de abril de 1881.

Dentro de otro tipo de actividad son también interesantes sus relatos de viajes. De ellos se destacan uno a las Sierras de Córdoba a la región de Cruz del Eje y otro a la zona de Rosario y Santa Fe. Hace allí detallados informes sobre la fauna que observa, en especial la de vertebrados, con el agregado de observaciones biológicas. En la geografía "La República Argentina" de Ricardo Napp, publicada en Buenos Aires en 1876, el capítulo VIII es de Weyenbergh y está dedicado a la Fauna Argentina. En la introducción aclara

que es muy poco lo que se conoce de esta fauna por lo que de ninguna manera su enumeración es completa. Este trabajo comienza con el hombre indígena y termina en los Protozoarios.

Son numerosas las conferencias y publicaciones de divulgación en periódicos y revistas de la época, en las que Weyenbergh trata de temas tales como la abeja doméstica, la langosta, efectos producidos por picaduras de arañas, insectos útiles y dañinos, infecciones producidas por dípteros, etc.

Además de los extensos informes del trabajo realizado en la Academia, el Museo Zoológico y la Facultad de Medicina, se ocupó con fervor en confeccionar planes de estudio, programas de diferentes carreras, y en especial ciencias naturales y medicina. Se ocupa con interés en un Ensayo de proyecto de ley de Enseñanza Universitaria, que luego sirviera de base para la nueva organización de la Universidad de Córdoba, en el que propone separar Teología de la misma y da las bases para una Facultad de Letras.

Le interesó hacer conocer al país en el extranjero para lo cual envió contribuciones periódicas entre las que podemos mencionar toda una serie que se sucedieron por años, que tituló "Cartas desde Sud América por un holandés en el extranjero". También se ocupó aunque brevemente de la antropología, y publicó algunos hallazgos de flechas y culturas indias, siendo el pionero en esta disciplina en Córdoba. A propósito de este tema en 1876 da una conferencia sobre "Relaciones entre el viejo y el nuevo mundo antes de Colón, bajo la faz antropológica". Es de hacer notar aquí todos los datos que proporciona para demostrar que América era ya bien conocida por los europeos antes del viaje de Colón. Aporta para ello bibliografía abundante e incluye mapas de Norte y Centro América de mucho antes de aquella época.

Fue un gran admirador de Darwin y su teoría de la evolución y en numerosos trabajos y conferencias populares trata de divulgar esas ideas, a la sazón muy nuevas y por lo tanto poco conocidas. Realizó informes médico-legales y un proyecto y plan para una Escuela provincial de parteras. Confeccionó también informes sobre problemas agronómicos en diferentes órganos de difusión.

Publica instrucciones para cazar y preparar material zoológico, que son las primeras que aparecen en nuestro idioma en la Argentina, con indicaciones precisas para aficionados y técnicos. Se ocupa en primer lugar de mamíferos y aves y aclara las diferencias entre material preparado "en piel" para estudio y "embalsamado" para exhibición, y manifiesta a su vez que para este último caso se necesita sentido artístico, que no es necesario para el primero. Sigue con los demás vertebrados y luego, uno por uno, con todos los órdenes de insectos y otros invertebrados menos conocidos. Como curiosidad dice que el mejor método para cazar los reptiles y anfibios es matarlos de un bastonazo, claro que sin estropearlos demasiado (posiblemente tenga razón de que es realmente el método más eficiente y práctico, o en el peor de los casos, el menos sofisticado). Finalmente publica una bibliografía zoológica de América Meridional, la primera publicada hasta la fecha que mantiene al día con continuos agregados.

Vemos así en toda su obra un continuo y renovado anhelo de ciencia y progreso; contra todas las dificultades, sin descanso, con medios precarios y con factores adversos que trataban de limitar su obra, se dedicó a estudiar nuestra fauna en todos sus aspectos. Si se equivocó más de una vez o si sus descripciones a veces no son del todo prolijas, debemos remontarnos a la época y los medios con que contó para realizarlos. Fue evidente en él un gran entusiasmo por dejar algo al país, por organizar y aprovechar al máximo las pocas posibilidades de hacer investigación que había en el momento. Trató por todos los medios de entusiasmar a la juventud y así formar biólogos argentinos. En ese sentido es reveladora la carta que escribe a Holmberg, cuando este le envía su primer trabajo para ser publicado en el Periódico Zoológico. Se muestra entusiasmado por el trabajo y en especial por ser uno de los primeros realizado por un argentino, y dice que éste demuestra que el pueblo argentino tiene (en sus palabras) "disposición y gana para el estudio de las Ciencias Naturales". Insiste también que lo único que se necesita es estimular y excitar este amor por la naturaleza, cosa que sin duda Weyenbergh hizo con entusiasmo.

Polémicas

Tal vez resulta interesante detenernos por un momento en las polémicas que sostuvo Weyenbergh, porque en algunas y en no pequeña escala, dificultaron su obra. La lucha principal la sostuvo contra Burmeister y también con Carlos Berg, colaborador del primero en Buenos Aires. Poco después de llegar a Córdoba, Weyenbergh, lo mismo que varios de los científicos alemanes traídos para la Academia por recomendación de Burmeister, comenzaron una lucha, sorda primero, y abierta y pública luego, contra él. Es evidente que Burmeister tenía un tremendo sentido de la autoridad que gustaba de hacer sentir, pero en algunos casos también es evidente su poco sentido de la realidad. No les pudo perdonar que antepusieran su interés de conocer primero algo del país cuyas riquezas habían venido a estudiar, al de comenzar inmediatamente el dictado de los cursos que se les había encomendado. Fue así que pidió y consiguió su destitución. El resentimiento de Weyenbergh hacia Burmeister era profundo y sentido, y es así que ya al final de su vida en el país, cuando todos los problemas con Burmeister habían pasado, se le oye hablar de "la arrogancia alemana de un viejo ambicioso que sobrevive a su reputación", quejándose además de todo lo que tuvo que luchar para llevar adelante su Sociedad Zoológica y el Periódico Zoológico, encarnizadamente combatido por aquél.

Las polémicas con Carlos Berg fueron de otro tipo. Ambos entablaron largas discusiones científicas, llevadas adelante en diferentes publicaciones, en que se hacían acerbas críticas mutuas sobre distintos aspectos de su labor. Entre las más interesantes están sin duda las referentes a la descripción del "bicho de cesto" y de una mariposita del género *Mimallo* (actualmente *Cicinnus*). Es notable ver el tiempo que perdieron en esto; tenemos por ejemplo una publicación de 8 páginas de Weyenbergh en que refuta una crítica

de Berg de aproximadamente el mismo largo. En ella analiza párrafo por párrafo, y llega a sumar, las palabras con que ambos describen las distintas partes del mismo insecto o su biología. Valía la pena perder tanto tiempo?

Conclusión

Llegamos así a 1881 en que Weyenbergh, terminadas las dificultades más series con Burmeister, se encuentra en la plenitud de su obra y carrera científica: La Academia Nacional de Ciencias se halla floreciente; el Museo Zoológico sigue progresando; la Facultad de Medicina se afianza; la Universidad en parte se ha reformado sobre la base de sus sugerencias; la Sociedad Zoológica cuenta ya con cerca de 90 miembros y el Periódico Zoológico es conocido y consultado en todo el mundo. En ese momento Weyenbergh presenta su renuncia a la mayoría de sus cargos y dice, en el final del último tomo del Periódico Zoológico que, habiendo terminado la primera serie de ese periódico, termina también una etapa de su vida. Dice también que esta no ha sido "estéril en frutos científicos y sociales", y manifiesta que para dedicarse a estudios más generales y publicaciones más voluminosas, se retira de todo aquello que no signifique estrictamente trabajo científico (tenía entonces 39 años).

Se puede considerar esta presentación como su testamento científico, ya que hace un breve resumen de la obra realizada en los años que estuvo en Córdoba. Dice allí que "Mira hacia atrás con cariño por la obra realizada, aunque reconoce haber tenido que luchar continuamente contra los prejuicios y charlatanismo". No dejar de reconocer la invaluable ayuda que recibiera de Sarmiento, de Avellaneda, del Rector Lucero y otros, todo lo cual lo lleva a decir "en general la amistad y la consideración que me han brindado los hijos del país, me dejarán el más dulce recuerdo de su patria hospitalaria durante el resto de mi vida". Es así, su testamento porque añade: "Algunas veces, como es natural, experimento una duda que si todo esto que he hecho persistirá en los años y siglos venideros; quién podría dar la respuesta!!! Lo que permanecerá sin ninguna duda, son las obras que he publicado, es la Universidad reorganizada, es el Museo que he fundado, es la Facultad de Medicina y la de Letras, etc. También el país tendrá su Academia Nacional de Ciencias y probablemente también su Sociedad Zoológica; hasta en el caso de que estas instituciones mueran momentáneamente, ellas renacerán un día".

Era evidente que se encontraba ya enfermo y como médico y como biólogo debía entrever la gravedad de su estado. Volvió a Holanda para tratar de curarse, pero ya el cáncer que lo dominaba había avanzado tanto que ni siquiera pudo volver a reunirse allí con sus colegas amigos. Con la finalidad de restablecerse, buscó con su esposa una pequeña casa de campo en Bloemendaal, cerca de Haarlem; pero ni la medicina, ni el aire puro de las dunas de la costa, pudieron hacer algo por él. Murió, pues, el 25 de julio de 1885, a los 42 años de edad. Pocos son, posible, los pioneros que puedan alardear de haber hecho tanto en tan poco tiempo, de haber trabajado tanto en condiciones tan adversas, de haber luchado tan

to por un ideal de ciencias y progreso. El gran Sarmiento tuvo en él a alguien que comprendió sus ideales, que se sintió Quijote como él para luchar contra todo y a pesar de todo difundir el progreso en este joven país. Podemos decir con Garzón Maceda que "fue de *los raros* que dio a la juventud argentina y dio todo al país; quiso hacer escuela de naturalistas y de hombres de laboratorio. Supo estimular talentos y aptitudes con hidalguía generosa. No escatimó el aplauso ni la censura que sabía discernir justamente". Y ya es mucho decir de un extranjero que sólo alcanzó a estar 12 años entre nosotros.